

## **Orígenes de la conservación en Costa Rica**

**Pedro León Azofeifa\***

El biólogo-historiador Luko Hilje Quirós nos ha vuelto a regalar otra fascinante narración sobre los orígenes de las ciencias naturales en Costa Rica y, en general, en el Nuevo Mundo.

Luko tiene la habilidad de explicar con el rigor y documentación de un científico y la narrativa amena y bien enhebrada de un historiador. Esta vez, en su libro *Don Juan Rafael Mora y las ciencias naturales en Costa Rica* (publicado por la Editorial UTN), se plantea el aporte de don Juan Rafael, Presidente de la naciente República, al surgimiento de las Ciencias Naturales en tan remoto rincón del Istmo.

El contexto histórico es el que ya Luko había descrito con amplitud en *Trópico Agreste* (2013, Editorial ITCR). En particular, el impacto de Hoffman y von Frantzius, dos médicos y naturalistas alemanes que fueron apadrinados por la Academia Alemana Leopoldina, ante el mismo Presidente Mora. A estos se sumaron otros europeos naturalistas, que no ponían límite a su especialidad, todólogos que estudiaban desde los volcanes, la geografía, la botánica y la zoología, desafiando el difícil acceso al Valle Central y las diversas pestes que merodeaban en cada esquina. Es evidente que Mora ofreció su apoyo a estos curiosos naturalistas interesados en los bichos más extraños y, en muchos casos, bichos, en apariencia, “poco útiles”.

Luego de un análisis cuidadoso de la legislación que el Presidente Mora promovió, y que podría suponerse de corte conservacionista, el autor reconoce que ni Mora, ni sus contemporáneos, actuaban impulsados por un conocimiento del tema ambiental, cuando ni siquiera se había inventado el concepto mismo de la ecología. Sus Decretos para proteger los venados cola blanca, los cocoteros y las conchas de perla respondían a intereses prácticos en la utilización de estos recursos y no a la noción que el medio ambiente natural (y el agrícola también) tiene una capacidad de carga, que determina cuánto podemos cosechar, sosteniblemente, sin agotar el recurso.

Ignorar este concepto ecológico fundamental ha llevado a muchas empresas a la quiebra, por ejemplo, la pesquería por arrastre de camarones. Me impactó la historia de las conchas perlíferas, que según cuenta el autor, existían en grandes bancos que eran explotados intensamente por la compañía Bayer, Mosson y Cañas. Su desaparición representa para nuestro país tal vez el primer ejemplo de uso insostenible de un recurso marino, que hoy es una industria muy lucrativa en algunas zonas donde se siembran las conchas perlíferas artificialmente.

En la búsqueda de los primeros conservacionistas de nuestra historia, Luko nos da lo que parece ser una clara respuesta: el primero en sostener posiciones

ambientalistas razonadas, sin duda fue el suizo Henri Pittier, quien claramente relaciona la deforestación en terrenos con fuertes pendientes y alta precipitación con desastres ecológicos, concluyendo: "...es de prever que tales terrenos, poco fértiles por su misma naturaleza, pronto se agotarán, lavados por las aguas pluviales...".

Este encadenamiento causal de los procesos que ocurren en la Naturaleza, siguiendo rutas de retroalimentación positivas o negativas, es lo que hace de la ecología un tema muy complejo, multidimensional e interconectado. No podría esperarse, como el libro lo destaca, que el Presidente Mora fuese un ambientalista en un mundo donde nadie lo era. Por tal razón decía un gran poeta: "...no te pienses sin sangre, no te juzgues sin tiempo...".

Las investigaciones históricas que el Dr. Hilje Quirós desarrolla nos permiten valorar el periplo que nuestro país ha seguido para ocupar una posición de liderazgo en el tema ambiental, y en general, como país comprometido con la ciencia y la tecnología para su desarrollo.

El libro revela, ante los ojos de nuestra imaginación, la historia de muchos hombres, quienes durante el siglo 19 e inicio del 20, se dedicaron a estudiar la complejidad y la diversidad del trópico agreste. La creación del museo nacional fue un avance notable, así como el surgimiento de los primeros naturalistas autóctonos, como lo fue José Cástulo Zeledón, quien, apadrinado por von Frantzius, llegó a entrenarse en el Instituto Smithsonian en Washington, y luego regresó al país para seguir sus investigaciones sobre flora y fauna. De la obra de Luko se deduce que este joven costarricense podría ser el primer naturalista autóctono, nacido en San José.

Es bueno, para comprender dónde estamos, saber de dónde venimos. Gracias Luko, por recordárnoslo.

\*Biólogo

Tomado de [Diario Extras](#)